

# José Martí y su cuna en la historia<sup>380</sup>

César García Pons

¿Cómo no he de agradecer desde las primeras palabras el honor de hallarme entre ustedes, si ello significa, con distinción no por inmerecida menos honrosa, la feliz oportunidad de discurrir sobre José Martí? ¿Y cómo no he de sentirme más que temeroso, tranquilo y confiado cuando voy a hablar de cosas patrias a orientales y en el ámbito limpio y pulcro, tempranamente lleno de prestigio de esta Universidad? Pues que si mi modestia no justifica en modo alguno que ocupe esta tribuna, avala, estoy seguro, desde ahora mi palabra el fervor cubano con que ustedes acogen las más humildes y las sostienen con afecto y benevolencia. En esa generosidad me refugio y me amparo.

.....

La huella de José Martí en el campo de las realizaciones históricas es la guerra de independencia de Cuba, que liquida en América el imperio español. Por su obra, el pabellón que hasta entonces era el símbolo de una dominación política, paseante durante tres siglos de un extremo a otro del Nuevo Continente, se plegaba, para regresar, con la última derrota, al solar de donde a fines del siglo xv partiera a conquistarlo en nombre de los reyes de Castilla y Aragón. Cupo a José Martí la tarea de dar la batida definitiva al poder que detentaba su tierra, y de procurar, así, la totalidad de la América española a los hombres que en ella habían nacido para suceder, en el ser propio y en la libertad, a los que antes de la llegada del europeo fueron los dueños de

---

<sup>380</sup> Leído el 28 de enero de 1952.

su destino. Independientemente de su singular significación en la historia de Cuba y de su principalidad en el pensamiento americano, la resta a España y la suma a América de la última colonia sojuzgada, es, por las implicaciones que tiene, su presencia en los fastos universales de la Historia. La liberación de Cuba cerraba para América un largo periodo de resonancia universal y abría, a su vez, otro nuevo y distinto, en el que sus pueblos serían protagonistas, excepto Puerto Rico todos con título propio, de un devenir que pondría a prueba, ciertamente, su derecho a gozar de la independencia. Porque tanto para darle al pueblo cubano la vida libre como para utilizar su libertad en servicio del resto de América, es que en las postrimerías del siglo XIX, se madura la guerra “inevitable y necesaria” que Martí promueve a través de una dedicación total de su persona a la tarea de propaganda y junta, y de un apostolado sin paralelo que revela en él, por las consecuencias en que desembocó, al más grande revolucionario de su tiempo, la mentalidad, por otra parte, —mezcla de ímpetu y de freno, de impulso y de método, de arrebató y de serenidad— más alta, entre todas las de sus contemporáneos, el espíritu más ancho y profundo, que rozaba lo angélico, que lucía —si eso cabe, si eso es posible— construido con sustancia divina. Y parece natural que tales valores exigiera la empresa a que Martí consagró su vida, pues que fue el fruto del dolor de un siglo de constante aspirar y solamente por los caminos que su visión le abrió —y que tan solo de hombre como él podrían venir— iba a alcanzar la meta apetecida. Ello se aclara enseguida cuando se piensa que era el nuestro un pueblo educado por procedimientos coloniales, compuesto de blancos y negros, heredero de una tradición esclavista, fracasado en sus guerras anteriores, consumido por un régimen económico de explotación inicua, ambicionado por imperialismos vecinos, pueblo, en fin, de isla que era también una isla humana. Y el mundo, señoras y señores, ya a esas alturas casi arribaba a la centuria en que, por razón de otras muchas de error y de injusticia, la tierra temblaría ante crisis universal, suscitadora de las conflagraciones de que hemos sido testigos y que no son, a la postre, sino testimonios de la reiterada inconformidad del hombre frente al hombre mismo. Martí pretendió apresurar la marcha de su pueblo. El paso primero, como se comprende, era instalarlo en la libertad.

Lo que hemos de decir hoy es cosa conocida, pero no por eso menos digna de que sobre ella se vuelva. En Martí, la vida, un tramo, un pasaje de ella, son temas siempre inexhaustos. Por lo demás, el examen del mundo interior del hombre es indispensable para apresar la imagen de su personalidad moral y subsecuentemente algunas raíces de su obra. Al investigador importa a veces más una breve esquela privada que un elocuente documento público. El alma desnuda por lo general está en las cartas. De cartas nos valdremos para poner la vista en la intimidad de Martí en los últimos días —que son los que le instalan definitivamente en la Historia— y para que asomen a estas páginas aquellos seres amados que fueron en su agonía de hombre y de revolucionario, luz y sombra. Son seres con los que hay que contar, porque lucen inseparables de la historia de su espíritu.

Cuando Martí retorna a New York, por agosto de 1881, procedente de Venezuela, de donde le lanza el caudillismo de Antonio Guzmán Blanco, como antes de México lo había excluido el de Porfirio Díaz y de Guatemala el de Justo Rufino Barrios, trae ya, definitivamente, el rumbo de su vida futura. Hasta su muerte, van a transcurrir catorce años, todos los cuales consagrará por entero a la realización del ideal que lo reclamara, con renuncia de cuanto hombre como él podía amar en el mundo; todos los cuales habrá de emplear en la tarea de arrancar a España su isla natal y de dar a su pueblo la libertad. Van a transcurrir catorce años que representarán para el genio ser un hombre como cualquier otro en la gran cosmópolis estadounidense, un simple y común newyorker, un trabajador de cuello blanco que se gana penosamente la vida, que vende por pesetas su trabajo, que resiste la pobreza y se enfrenta con la necesidad de todos los días, olvidándose de sí mismo y de sus posibilidades, vuelto de espaldas al mundo que podría ser suyo a poco que a sus exigencias sacrificara un tanto la demanda más alta de su espíritu. Repasando este período de su existencia, Andrés Iduarte, brillante escritor mexicano y acaso el extranjero que mejor ha visto la mentalidad de Martí, escribe:

¡Qué caso tan distinto de todos los demás escritores de América! ¡Qué escuela tan extraordinaria de esfuerzo y de humildad fue para él la gran ciudad devoradora

de energías! Bello vive desterrado en Londres, pobre naturalmente, pero en contacto con universidades y aristocracias. Es un señor americano venido a menos. Sarmiento —aunque es el que más se parece a Martí por sus tiempos de tendero y minero— es luego el amigo de un ministro chileno, y hace y deshace a muchos chilenos. Montalvo es la contrapartida de Martí, por su aristocratismo profundo. Su muerte en la escasez de París, pero vestido de etiqueta y habiendo empleado sus últimos céntimos en flores, es un símbolo. Don Manuel González Prada fue toda su vida un gran señor, partidario y defensor de los que no tenían sus privilegios de herencia, de raza y de casta. Hostos mismo rechazó la aspereza y el anonimato de la vida neoyorkina, y fue el mentor de la enseñanza en Santo Domingo y el profesor respetado en Chile. Rodó fue siempre el intelectual de la altura de su Uruguay. Darío desde joven acepta la protección de la aristocracia chilena y los puestos públicos y la ayuda de los gobiernos hispano-americanos. José Martí, al fin y al cabo hijo de emigrantes, educado en la pureza de Mendive a cambio —cuando menos aparente o convencional— de limpiar pizarrones y sacudir sillas, empleado de comercio en plena infancia, heroico buscador de su pan en Madrid, es el único gran americano que por muchos años se gana la vida a pulso y en la oscuridad, sin sacar la cabeza por encima de las demás gentes, codeándose con el pueblo de todas las tierras, tiritando con ellos bajo la nieve y el viento, sudando con ellos en los calores agotantes de que lo consuela el elevado y el vaporcito que lo lleva a Brooklyn, corriendo con su bombincito negro y su casaca común por todos los rincones de la gran colmena americana. Hasta su estatura corta y su salud frágil hacen más extraordinaria la lucha titánica de este hombre pequeñito que dijo que su “honda era la de David”.

Esto no fue sólo fatalidad sino decisión valiente. Martí pudo pedir ventajas a los caudillos americanos. Un sueldo en favor de Porfirio Díaz, el silencio ante la deposición de Izaguirre de la Escuela Normal de Guatemala, la

aceptación de las ofertas de Guzmán Blanco —que sabía su mérito y deseaba comprar su decoro— le hubieran hecho consejero aúlico, gran figura del periodismo mexicano, centro de la vida intelectual de Guatemala o Venezuela, persona importante, influyente, acomodada y rica. Pero Martí traía “la estrella y la paloma en el corazón.

Ese tiempo de New York está asistido para él de muy serias experiencias americanas. Ha conocido su Mediterráneo, las Antillas, por Cuba, su tierra, que sufre; el Centro del Continente, por México y Guatemala, el Sur, por Venezuela. Ahora vive en la entraña de Norteamérica, el pueblo grande a cuyo desarrollo asiste y de cuyos progresos se vale su pluma de periodista para contar sus pasos y su presencia en una doble dirección política: la de nación que se levanta, poderosa y fecunda, para su propio destino, y la de nación que, por lo mismo, por poderosa y grande, puede llegar a ser (como lo era ya, como lo fue mucho más a seguidas) una amenaza para el resto de América. Esa visión de Martí le trajo muy pronto la imagen angustiosa de una América rota en su unidad de pueblos, de una América, patria mayor de todos los americanos, en que habría victimarios y víctimas. Y la de su pequeña tierra entre las últimas.

El político que hay en él ya sabe lo que tiene que hacer: trabajar en silencio, obrar con cautela, para que no estorbase a la obra de redención cubana que se había impuesto, una suspicacia por parte de Estados Unidos, capaz de combatirla, pues que la independencia de Cuba debía servir como instrumento de la integral libertad americana. Empero, el hombre ¿sabe ciertamente lo que tiene que hacer? ¿El esposo, el padre ha podido adoptar línea tan independiente que no convierta su espíritu en campo de batalla donde irán a batirse los deberes contraídos, las discrepancias de la esposa, las necesidades del hijo? En otras palabras: ¿el apóstol era conciliable con el jefe del hogar tradicional? ¿El Martí poeta y escritor que casó en México con una señorita de hogar camagüeyano ancho y socorrido, podía ser, a la vez, el propagandista tenaz e incansable de la causa cubana, el organizador de su rebeldía definitiva, el creador de su guerra de independencia? En última instancia, ¿patria esclava

y hogar apacible se conciliaban en el alma desde temprano relampagueante de hombre como él?

Carmen Zayas Bazán, gracia y señorío en cuerpo hermoso, careció de vuelo. Es lo cierto. Y el destino histórico del hombre que sometió su corazón le puso en difícil disyuntiva, que ella, mujer sin inquietudes mayores, resolvió en el sentido conservador que le aconsejaban su cuna, su educación, su familia y su horizonte de esposa mortificada por el camino azaroso a que, de haber amado abnegadamente a Martí, acaso la habría conducido con júbilo el matrimonio. Pero no eran ni su espíritu ni su mentalidad los que precisamente convenían a la compañera que en Martí hubiera sido almohada y no desvío, asidero y no ausencia, sacrificio y no fuga. Cuando Martí entregó su afecto a otra mujer de menos linajes y más humanidad combativa, Carmen Miyares, la venezolana que le brinda en su casa de huéspedes neoyorquina el hogar sustituto, ya la señora Zayas Bazán había puesto entre ella y su marido distancias insalvables.

Había ensayado Martí un avenimiento con la mujer a que se unió ante Dios y ante los hombres. Antes de su ida a Venezuela, a sus ruegos fue Carmen a New York, con el pequeño de la mano, porque, aun cuando ya Martí se sentía “con el corazón muy bien—y muy en lo hondo— herido: —por la mano más blanca que he calentado con la mía!”, en esos instantes se jugaba la felicidad de toda su existencia, según escribió a Miguel Viondi para explicar su petición de que ayudara económicamente a su esposa y a su hijo a embarcar hacia Estados Unidos. Bien que recomendándole que nada de su precaria situación a Carmen dijera, temeroso de que ese conocimiento estorbara el logro de la resolución que había tomado. Precauciones tales revelan hasta qué punto el hombre no podía desnudar su espíritu ni su pensamiento ante la única precisamente de las mujeres del mundo llamada a conocerlos como ninguna otra.

Martí, Carmen, Pepito el hijo, se alojaron en la casa de huéspedes que ya mencioné, la de Manuel Mantilla, que gobernaba, por invalidez del marido, ya vencido y melancólico, Carmen Miyares. Allí estuvieron bajo el mismo techo y junto al hombre que representaría papel tan importante en sus vidas, las dos Carmen, la que exigía cordura y sensatez en nombre de sus intereses de

esposa y de madre, y la que, mujer de abajo, pobre, trabajadora y enérgica, subvenía con su esfuerzo a la vida del marido y de sus tres hijos, y a la propia y, por añadidura, alargaba su generosidad y su calor a todo el que necesitara de una mano tendida; la que sentía, sangre como era de pueblo de América, con los que por América trabajaban, la que fue capaz de aceptar más tarde y aplaudir con devoción al ser excepcional que el azar cobijó un día en su casa de hispanoamericanos.

La presencia, con todo, de Carmen Zayas Bazán junto a Martí por este tiempo no pasaba de un intento de conciliación y ajuste. Y es por estos días precisamente que a Martí se le ocurre escribir un libro que ha de titular “El concepto de la vida”. “Examinaré en él —dice— esa vida falsa que las convenciones humanas ponen en frente de nuestra verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola —y ese cortejo de ansias y pasiones, vientos del alma”. No llegó a escribirlo, pero, de fijo que de haberlo hecho, por sus páginas hubiera destilado, en buena medida, la discordia hogarina que ya tomaba caracteres de alarmante escisión. Su mujer le juzga un visionario y él por su parte, en radical oposición, se define así: “Usted, Viondi, sabe que, por imaginativo y exaltado que yo sea, he sufrido y penado bastante para que en mi corazón no quepa gozo que mi razón no crea justo. Lo imposible es posible. Los locos somos cuerdos”. Y en un golpe de intuición segura y tranquila, que le desmiente —dice uno de sus biógrafos— a los ojos de la esposa y del amigo, añadía bruscamente: “Aunque yo, amigo mío, no cobijaré mi casa con las ramas del árbol que siembro”. Aquella presencia de Carmen duró muy poco. La casita que al otro lado del Hudson montó Martí, y donde descansaba de su agotamiento como tenedor de libros y redactor de revistas y periódicos, se llenó un día de silencios y aprensiones. La señora Zayas Bazán retornó a su casona del Camagüey y llevó consigo al hijo de los dos. Martí salió entonces para Venezuela. Cuando regrese a New York se refugiará, como es natural, y ya solo, en la casa de los Mantilla. Allí, a poco, nacerá una niña, María, el cuarto hijo de Carmen Miyares.

Carmen Zayas Bazán ha de volver aún por dos veces a New York. Una de ellas, llamada de nuevo por Martí. La última, invitada tan solo a título de madre de su hijo. Mientras, Martí ha escrito *Ismaelillo*, los versos que cosecha el amor

a su Pepito, y mientras, también, se ha convertido en el primer corresponsal neoyorquino de los periódicos de gran tirada en Sur América. Es, además, cónsul de Argentina y del Uruguay. Políticamente se va haciendo de los hombres del presente: las emigraciones cubanas en Estados Unidos, y de los hombres del pasado, los que mantuvieron la guerra grande y andan dispersos añorando la manigua para pelear de nuevo. Empero, la esposa se cansa de aquellos trajines revolucionarios, y un día Enrique Trujillo, director cubano de *El Porvenir*, se aviene a comunicarla con el cónsul de España en New York, para jugarle a Martí la mala pasada de que la reintegre al suelo patrio aquella autoridad española. La quiebra moral esta vez es ya definitiva.

En tanto, crece María, la hija de la otra Carmen, convertida ya en pianista, y crece el desasimiento de Martí por una vida que se lo negaba todo. Don Mariano, su padre, ha estado, invitado por él, y a su costa, en New York, y, muerto este en 1887, también doña Leonor. La visita del primero sirvió para que el hijo pudiera reconciliarse de corazón con el padre rudo de los días de su infancia en el colegio de Mendive. La de la madre, para darle el último beso, ya que tampoco volverían a verse.

Los tropiezos de un mundo que se alzaba, organizado, frente a sus designios, le fueron estropeando los andadores. Un día se quedó sin los consulados, otro sin la colaboración a algunos importantes periódicos. Para colmo, un discurso suyo provoca un choque moralmente sangriento con personajes significativos de la guerra de Yara. A la postre, pudo escribir de sí mismo:

Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, donde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí como un esqueleto que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos. La muerte o el aislamiento serán mi único premio.



La necesidad de juntar a los hombres, de atraer a los viejos caudillos del 68, le obliga a viajar por territorio americano, por Tampa y Cayo Hueso, asiento en el Sur de los tabaqueros emigrados, y por los mares de las Antillas, que son el primer plano de su marco histórico. Va a Santo Domingo, al objeto de ultimar con el Generalísimo Máximo Gómez, viaje que aprovecha para visitar en Jamaica a la madre y a la esposa de Maceo, que residen en Kingston, seguro de que el homenaje a esas nobles mujeres ablandará el ánimo del bravo mulato, ahora residente en Costa Rica, y a donde no tarda en ir seguidamente Martí para incorporar su brazo a la nueva contienda. Un último viaje a México, no exento de objetivos revolucionarios, le pone delante otra vez la época en que, con veintidós años solamente, amó a Rosario de la Peña, la madrileña famosa de los versos de Acuña; en que escribió *Amor con amor se paga* para el teatro de la antigua ciudad virreinal; en que dio las primicias de su periodismo político y conoció a Carmen Zayas Bazán y hubo de casarse con ella. Allí, también, ahora, Manuel Mercado, Justo Sierra, entre los amigos de entonces. Y poetas de reciente promoción, Gutiérrez Nájera, Urbina. Ya en lo sucesivo cruzará tan solo el mar para reunirse en Santo Domingo con Máximo Gómez y arribar de inmediato a playas cubanas.

Martí, a estas alturas, vive tan solo para la guerra y por la guerra que prepara. Sobre esto dijimos nosotros no ha mucho, y repetiremos ahora, que poeta, artista, hombre de pensamiento y de espíritu, escritor sobre todo, reunió y equilibró como nadie las condiciones indispensables en el cubano que debiera acometer la tarea que la historia le puso a él delante y que él con decisión absoluta aceptó. A las experiencias dolorosas del pasado de su patria y de los pueblos hermanos, sumó una visión profundamente realista de las circunstancias de su tiempo, y debiendo rehacerlo todo, desde la manera de decir hasta la manera de obrar, comenzó por ordenar y fijar el pensamiento en que los cubanos hallarían la justificación del empeño. A eso responden las Bases del Partido Revolucionario Cubano y sus estatutos secretos. A eso, su rechazo de la idea de la anexión, apoyándose en la propia actitud de Estados Unidos, que, respecto al pueblo de Cuba, “niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter”. A eso, su respuesta a *The Manufacturer*, de

Filadelfia, que pretende opiniones para esclarecer si conviene o no a Norteamérica la anexión de la Isla, respuesta que carga a la tendencia anexionista la parte de responsabilidad que le corresponde en el retardo del proceso político cubano. Poco después *Patria* diría, por la propia pluma de Martí, y sin ambajes, que era el pueblo de Estados Unidos pueblo distinto al nuestro, que tenía sobre nuestro país “miras de factoría y de pontón estratégico”, que era una república que se declaraba ya agresiva y que nos comprendía, “como puesto de defensa necesaria, en su plan de agresión”.

Al autonomismo lo despachó Martí con dos adjetivos precisos. Ciegos y desleales llamó a sus hombres. Ciego al que creía de buena fe en la posibilidad de que España otorgara libertades suficientes; desleal al que “por miedo a la verdad y al necesario sacrificio —escribió— contribuya a sostener, contra su propia opinión, la esperanza hueca de un país de sangre viva y ociosa, y de necesidades impacientes, en una política sin pan ni porvenir, en una política sin seguridad y sin honor, en una política de quiebras y de bofetadas”. “...ése es culpable de veras, porque es desleal”. “Es desleal a su patria en la hora decisiva”.

La guerra de independencia fue para Martí un todo armónico. La guerra, dijo, es un procedimiento político. Desde *Patria*, en su número primero, aparecido el 14 de marzo de 1892, como órgano oficial del Partido Revolucionario, lanzó a los cuatro vientos la justificación cabal de la guerra, afirma:

Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable. Es criminal quien ve ir al país a un conflicto que la provocación fomenta y la desesperación favorece, y no prepara o ayuda a preparar el país para el conflicto. Y el crimen es mayor cuando se conoce, por la experiencia previa, que el desorden de la preparación puede acarrear la derrota del patriotismo más glorioso, o poner en la patria triunfante los gérmenes de su disolución definitiva. El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda ya a disolver el País. La simple creencia en la posibilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o

impedir que se malee, la guerra probable. Los fuertes prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz.

Como un anticipo de lo que ha de ser en su momento el Manifiesto de Montecristi, dirá ese propio día y en el mismo artículo, mirando a los irresolutos, a los negros y a los españoles:

La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano. [...] Para todos los cubanos, bien procedan del continente donde se calcina la piel, bien vengan de pueblos de una luz más mansa, será igualmente justa la revolución en que han caído, sin mirarse los colores, todos los cubanos.

Y después:

No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina el antillano oprimido: sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre. [...] El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia.

Empero, la guerra cubana ha de tener y tiene, además, para Martí, un sentido trascendente, de americanidad y de universalidad, que la auspicia como necesidad y la realza como suceso. Y él agrupa sus implicaciones en síntesis magistral:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y el equilibrio aún vacilante del mundo.

Esta imagen de Martí, que se proyecta sobre los mares antillanos con el trasfondo de América y la concurrencia de factores internacionales, no se libraba de la única preocupación política que nunca pudo exponer sin temor de hacer daño a su causa: la posición de los Estados Unidos. A eso mira, sin duda, el artículo

sexto de las bases del Partido Revolucionario cuando afirma que este se establece “para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen...”. Sobre esto dirá explícitamente la víspera de su muerte en carta a Manuel Mercado:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan sobre Las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Lejos estaba de admitir la beligerancia de Estados Unidos y su participación en la guerra que levantaba. Y muy lejos de pensar, desde luego, que el drama terminaría peleando y entendiéndose por su cuenta España y Norteamérica, con su amada isla intervenida y la de Puerto Rico conquistada por bandera extraña, representativa de las fuerzas agresivas —y que ahora se inauguraban como gran potencia— a que quiso oponerse incluso para salvar “el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa”.

.....

En el frío y desolado enero que es en New York el de 1895, dice adiós a sus más caros afectos. Ha de embarcar rumbo a la antigua Española con los generales Mayía Rodríguez y Enrique Collazo. Se lleva con él, en lugar del suyo, que está lejos, al hijo mayor de Carmen Miyares, Manuel Mantilla. El 6 de febrero llega a Montecristi. Allí le esperaba el Generalísimo. En el mar, a bordo del Athos, ha escrito su primera carta de la etapa final a su hija María: “Mi niña querida: Tu carita de angustia está todavía delante de mí, y el dolor de tu último beso”.

Lo que le resta de vida ha de vivirlo ya en constante comunicación espiritual con los seres que le alimentaron el alma, con jugos de corazón, en el tramo final. Así, apenas arriba a tierra dominicana, le escribe a la niña: “Yo voy nombrándote por donde quiera que voy...” Y añade: “Que tu madre sienta todos los días el calor de tus brazos”. Desde Santiago de los Caballeros, y

vinculando el paisaje y las emociones de su espíritu al recuerdo de aquella “carita de angustia”, le dice:

Yo te necesito más mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el batey, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas; la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas; las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti.

Le viene redactando a María un “diario” de sus andanzas. Le envía sus páginas según las posibilidades de correo. Y le escribe, porque para ella siempre tiene tiempo, aun en los instantes en que la gran jornada guerrera que prepara le exige todos sus pensamientos y todas sus energías. De ahí, que el 25 de marzo, en que lanza desde Montecristi el conocido manifiesto que firma con el Generalísimo Máximo Gómez, el manifiesto, dice Mañach, que “más que una declaración de guerra es el esquema de la Constitución republicana”, y en el que acentúa “el designio fundador y el sentido normativo y trascendente que ha tenido siempre su palabra”, porque quiere “abrirle cauces imprecederos a la patria que libera”, ese mismo día salgan, también, de Montecristi rumbo a New York y su niña y la hermana de esta, las letras precisas a su necesidad de comunicación con ellas.

Pero ese epistolario, como el resto de la correspondencia que redacta por esos días, revelan la certidumbre de la despedida. De una manera o de otra, con esta o aquella palabra hay siempre la alusión al viaje de donde no se vuelve. Y no es, por tanto, mera coincidencia que en ese propio 25 de marzo ofrezca a su madre la justificación de su conducta: “Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?”. Ni, tampoco, que sea de esa misma fecha su carta premonitoria a Federico Henríquez Carvajal, en que le anuncia cómo ha de caer en los campos de Cuba.

El primero de abril dirigió a Gonzalo de Quesada la carta que se ha considerado su testamento literario. Por ella le comunica

cómo ordenaría él sus “papeles” con vista a la publicación de los mismos. Y fiel una vez más al hijo que le llevaron a Camagüey años antes, y a su María, le pide a Quesada que si él le hace esa labor y le sobra de los costos, la mitad del sobrante sea para el primero y la otra mitad para las dos hijas de Carmen Miyares.

El día 9 de abril es un día decisivo en Martí. Ha de partir horas después para la manigua cubana, salvando el trozo de mar que la separa de Cabo Haitiano. Es el que demanda mayor número de horas, porque todo ha de preverse y resolverse como frente a cosas definitivas: la marcha y su meta: la guerra. ¡Ah!, pero ese día sale de su pluma para María la carta más hermosa, la que por conducto de ella parece haber dirigido a todas las niñas cubanas. Encierra toda una norma de vida, toda una filosofía de la conducta, todo un programa ideal. Leerla por entero es imposible, transcribir algunos párrafos sí puedo.

A mi María. Y mi hijita ¿qué hace allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer —en saber para poder querer—, querer con la voluntad y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas —esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse— llaman “amor”. Es grande amor; pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto.

Aquí estoy, en Cabo Haitiano, cuando no debía estar aquí. Creí no tener modo de escribirte en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato. Mi anhelo es que

vivan muy juntas, su madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando.

Le traza un programa para cultivar la inteligencia y para ganar la vida. Quiere que María y su hermana sean maestras. Les pide que monten una escuela. Les dice de lo que han de valerse a fin de componer un libro didáctico. Y atendiendo al alma de la mujer en formación, sentencia:

Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con su familia de estrellas —y en la unidad del universo; que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto y no en el costo. La elegancia del vestido —la grande y verdadera— está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de china

un jazmín, pondrá el jazmín, sólo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra.

Esta carta definitiva cierra con una clara alusión a su muerte, y con el postrer consejo:

Pasa, callada, por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y míjala, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de tí, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otros el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, has como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro —el libro que te pido— sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. Trabaja. Un beso. Y espérame.

En plena naturaleza cubana, a donde arribó por La Playita, como él dice, costa baja y pedregosa de las cercanías de Baracoa, da cuenta a Carmen Miyares: “En Cuba les escribo, a la sombra de un rancho de yaguas”. Y a seguidas:

Yo, por el camino, recogí para la madre la primera flor, helechos para María y Carmita, para Ernesto una piedra de colores. Se las recogí como si los fuese a ver, como si no me esperase la cueva o la loma, sino la casa, la casa abrigada y compasiva, que veo siempre delante de mis ojos. Y asegura a la compañera lejana que en todo instante está viendo su rostro “piadoso y sereno”.

Desde la noche del 11 de abril pisaba la tierra natal, camino de la guerra. “Yo evoqué la guerra. Mi responsabilidad comienza con ella”, había dicho. Su estado de ánimo al escribir a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, sobre una tabla de palma que sostienen cuatro horquetas, saturado ya del paisaje que añoraba, gozoso del amanecer en aquella vega de los montes de Baracoa, lo tradujo así:



Refrenaré mis emociones. Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado, y arrastrando la cadena de mi patria, toda la vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Al sacrificio iba. Ya estaba en manos de Federico Henríquez Carvajal por esos días la carta en que expresara: “mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador, morir callado. Para mí ya es hora”. Ocurrió muy pronto, en Dos Ríos, un día de mayo, el 19, el último en que se oyó sobre la manigua insurrecta su palabra arengando a la tropa, y cuando el eco de su voz sonora recorría aún la llanura. Vestía una carniza azul, trasunto del cielo que contempló impassible su caída. Llevaba encima del corazón un retrato de María, con el que pretendió, por bella ofrenda de poeta, un escudo contra las balas. Cayó de frente, tal como lo prometiera a los hombres del 68, derribado de su jaca mora por el fuego de los soldados de España que él mismo había invitado al combate.

Dejó a los cubanos el ejemplo de una vida sin mancha, una patria, la flor de su pensamiento, el arte maravilloso de su pluma. Y en la historia de su existencia la grandeza de que más podemos enorgulleceros.

Aún después de muerto, sangre suya se derramó otra vez por la libertad del suelo a que había ofrendado su vida gloriosa. La lucha con Carmen Zayas Bazán, la tragedia íntima que tenía sus raíces en la causa cubana, se resolvió con el triunfo de Martí sobre las fuerzas conservadoras que mantuvieron a su hijo alejado del escenario histórico en que él se movió. Pepito, el niño acariciado con los versos de *Ismaelillo*, sintió el llamado de la carne viril de que provenía, y abandonándolo todo, se fue a la guerra. No tardó su bautismo de sangre, y para desafiar mejor a los matadores de su padre, pidió al General Calixto García, durante la toma de Victoria de Las Tunas, que le permitiera manejar un cañón de artillería, servicio de temeridad y riesgo. “Era un niño”, comentó Sanguily. Se batió con valor. A corta distancia de donde se encontraba, para colmo de su embriaguez cubana, vio el muchacho caer, en la propia acción, al ya comandante Ángel

de la Guardia, único testigo del derrumbe de su progenitor en las márgenes del Contraamaestre.

Quedaban, así, soldados de nuevo José Martí y Carmen Zayas Bazán. Se unían otra vez para la historia, sobre la conducta heroica del niño que los dos besaron al nacer, aquellos que la vida separó tan solo para que fuera posible la independencia y la libertad de la tierra nuestra.

.....

No sé, no estoy cierto de que este bucear en la intimidad de José Martí, este registrar en su espíritu de hombre, de padre y de revolucionario, no haya parecido recurso blando de líricas páginas, curiosidad, en todo caso, de biógrafo interesado en momentos de trascendencia afectiva para su vida. Pero no, nada más lejos de eso. Y ustedes, quizá, van a aceptarlo enseguida. Martí tiene dos natalicios: el de su ser físico en la casa de inmigrantes españoles que fueron sus padres, la casita humilde de la calle de Paula en La Habana, que ocurrió un día como hoy, hace exactamente noventa y nueve años; y el de su aparición en la historia, que es precisamente aquel en que se tiene por extinto su cuerpo sufrido y frágil a plena transparencia de un día cubano de mayo. Por el primero nació a la vida, del colono común de entonces hasta convertirse en la cristalización del genio y, por las circunstancias cubanas de su tiempo, en el apóstol de una causa. Es el poeta, el escritor magnífico y singular, la elocuencia sin semejante, el político y, por último, el revolucionario. Sin embargo, con ser muy grande todo ello, no pasan de manifestaciones excelsas de una inteligencia y de un espíritu; ni de otro modo lo contemplaron sus contemporáneos. Estos, hombres al cabo, componentes de las milicias de la libertad que él en una hora decisiva supo agrupar, lo vieron mientras tanto, y acaso no podía ocurrir de otro modo, así y de esta o aquella manera. Para discutirlo muchas veces, desconocerlo otras, negarlo incluso. Para los que como él habían sacrificado el hogar y los días mejores, empleando la existencia en servicio de su patria, él no distaba tanto del común de los hombres, ni era su obra cubana cosa que en alguna forma ellos no hubieran trabajado también. Y por eso, para que naciera a la historia sin discusión posible, para poder medirle la talla sin miopías, para que todas las voces se

hicieran solo una y fueran en el himno de alabanza, como en el coro antiguo, canto y mensaje del corazón, para que se cayera en cuenta que era entre todos los cubanos el más grande y el de más útil memoria, fue menester que muriera como murió bajo el cielo de Oriente. Entonces ocurrió su nacimiento en la historia, a la que se incorpora no entre tibios y suaves pañales y calentado por regazo maternal, sino cuando en el camino de los hombres había dejado ya el alma hecha jirones, si no miente la tragedia íntima a que nos hemos referido esta noche, último tramo de su existencia, que nos conduce, al examinarlo, al Martí humano y genuino, al Martí del sacrificio preambular y definitivo, al Martí que viene olvidando la imagen mística que en ocasiones se ha intentado hacer de él.

Sí, señoras y señores, tiene Martí su cuna para la historia. Nos parecieron siempre consustanciales y muy ligados a ella sus últimos días, en que hombres de hierro, bravos soldados, una mujer de corazón y unos tiernos niños se asoman, como traídos por él mismo, al momento en que ha de trocar su paso heroico, y sin duda ya fatigado, por un sitio fijo y muy alto en la constelación de los inmortales de América. Del desvío de unos, del amor de otros, salió su crisis, pero todos forman, porque de lo contrario no hay historia verdadera, en el bajorrelieve de su estatua imperecedera.

Oriente, escenario de tantas grandezas cubanas, fue la tierra elegida por el destino para operar la importante y trascendente transformación. A su suelo vino a dejar la humana envoltura el hombre excepcional que hoy nos congrega y de su suelo arrancó para la vida sin término de un radiante recuerdo. Mas, la tierra de Oriente se lo tenía ganado, y es ello a la postre un privilegio merecido; porque ninguna otra, en toda la extensión de nuestra isla, había sufrido más que ella por la libertad ni acaso la había amado tanto.

Y nada más, señoras y señores.